

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España.
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



VIGÉSIMA PRIMERA CARTA APOSTÓLICA

**Una llamada a la generosidad.
La alegría y la tristeza**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Heraldo del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Nos, sufrimos terriblemente al ver padecer a la Iglesia, la Orden y sus miembros. Es un dolor muy grande para Nos, el ver el estado actual de la Iglesia, cuando hay que rezar con mascarilla, cuando los fieles están privados de recibir la Santa Comunión, nuestros misioneros no pueden viajar para atender a todos los fieles.

Veamos en estos acontecimientos la Voluntad de Dios, que así lo ha permitido, y digamos como San Job en medio de sus desgracias: "El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado: Se ha hecho lo que es de su agrado: Bendito sea el nombre del Señor." Dios sabe lo que hace, pues es infinitamente sabio y tiene mil razones para permitir que sucedan las cosas, y siempre saca bien del mal; en su infinita misericordia, permite todo esto para bien de nuestras almas. Nos, también sentimos los padecimientos de los muchos palmarianos



que, además de hallarse privados de recibir los Santos Sacramentos, han tenido que vivir confinados en casa, o están agobiados por las preocupaciones y enfermedades. Veamos la providente mano de Dios en todo ello, y vivamos siempre en completo abandono a su divina Voluntad, recordando que todo lo que sucede, bueno o malo, es permitido por Dios; y digamos con San Job: "Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?" De esta manera, los sufrimientos servirán para hacernos crecer en el amor y así unirnos más al Señor y a María Santísima. Tened esto muy en cuenta, ya que pronto tendremos aún más que sufrir, conforme a lo que anunció el Señor: "Todo esto no será más que el principio de los dolores."

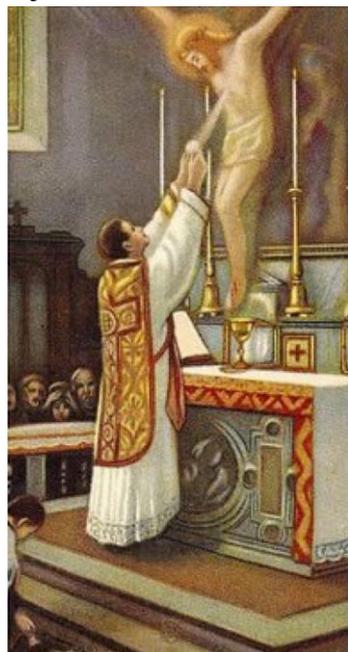
Para poder saber la voluntad de Dios, lo más importante es amar mucho a Dios y querer agradecerle; querer, con un deseo intenso y profundo, cumplir la voluntad de Dios por amor a Él.

Cuando muere un familiar, cuando muere el padre o la madre, cuando muere el marido o la esposa o el hijo, en ese momento, muchas veces, cambia la vida para una persona que le sobrevive: recibe una herencia o quizás pierde lo que tenía, o pierde el apoyo que antes tenía, y muchas veces sucede que uno tiene que reemplazar al difunto; como por ejemplo cuando muere uno de los padres, quizás le corresponde al hijo cuidar de la casa y encargarse del negocio, o la hija mayor se encuentra obligada a hacer de madre para sus hermanos menores. ¿No les tacharías de egoístas si rehusaren llevar esa pesada carga y dejaren abandonados a sus hermanitos? Aquel acontecimiento es una llamada a la generosidad de esos hijos, pues la caridad les obliga a cargar abnegadamente con la cruz a fin de no dejar a los hijos menores en la miseria.

Así también, cuando mueren los padres espirituales, que son los sacerdotes, sus hijos, los miembros de la Iglesia, que tengan las cualidades necesarias, deben ver en ello la mano de Dios; pues de esa manera Dios nos indica su voluntad, mostrándonos que aquí falta cumplir un trabajo, y debemos acudir, movidos por la caridad, al igual que cuando la Providencia nos obliga a cuidar a un enfermo o hacer otro acto de caridad. ¿Quién va a hacer ese trabajo tan necesario? Si uno tiene generosidad, si uno realmente quiere cumplir la Voluntad de Dios,

se da cuenta de su deber. Es como cuando caen los soldados que luchan en el frente, hay que reemplazarlos cuanto antes.

La actual escasez de sacerdotes y religiosos proviene precisamente de la falta de caridad y generosidad. Lo dijo el Señor, hablando de nuestros tiempos en su Sermón Escatológico: “Se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” La caridad, el amor a Dios, ha desaparecido en muchos, y en otros se ha debilitado tanto que ya es muy difícil encontrar almas generosas dispuestas a tomar la cruz y seguir en pos de Cristo por amor a Él. Después de haber preguntado el Salvador a Pedro tres veces, si le amaba, seguro ya de su amor, no le recomendó como prueba de tal amor sino que tuviera cuidado de las almas.



Todos tenemos una vocación en la vida, pues todos estamos llamados a cumplir la Voluntad de Dios, la cual es diferente para cada uno. Pedid a Dios la gracia de conocer su voluntad y de cumplirla perfectamente para su mayor gloria. Para amar a Dios, no penséis que bastan sólo las palabras, tiene que haber obras también. Obras son amores. El que hace la Voluntad de Dios siempre gozará de la verdadera felicidad, y nunca tendrá que arrepentirse si responde a la llamada divina, la vocación religiosa, el mejor de los regalos sagrados que podemos desear, porque es para convertir nuestra vida entera en un continuo acto de perfecto amor a Dios, un amor divino que nos santifica, nos purifica, nos une con nuestro amadísimo Creador, y alcanza la salvación eterna de otras almas.

Si ponemos límites a nuestro amor y generosidad con Dios, o si sólo hacemos lo que es fácil y divertido, o sólo actuamos cuando vemos los frutos de nuestros esfuerzos, o si buscamos nuestra comodidad, entonces nunca llegaremos a hacer grandes cosas ni creceremos mucho en el amor divino, sino que llegaremos al final de nuestra breve estancia en la tierra con las manos vacías. Aprendamos de la generosidad de Santa Teresita, que pudo decir: “Desde la edad de tres años, nada he negado a Dios.”

No es tan difícil saber lo que Dios quiere de nosotros como algunos se imaginan; es fácil saber la voluntad de Dios: principalmente por los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, por nuestras obligaciones, y por los acontecimientos ordenados por la Divina Providencia. Y cuando tomamos la resolución o el propósito de hacer algo que sabemos que es la Voluntad de Dios, entonces nos toca dedicarnos a llevarlo a buen término, confiando siempre en la ayuda de nuestra Madre Celestial.



La Voluntad de Dios, ¿cómo se nos manifiesta? Decía San Alfonso María que esa voluntad de Dios es casi siempre no sólo muy clara, sino evidente, y la conocemos por tres medios: Primero, por medio de nuestras obligaciones, ya sean las propias de todo cristiano, ya las propias de cada estado. Aquí entra el cumplimiento de los Mandamientos, preceptos, votos, reglas, los actos de justicia y de caridad, la obediencia a los superiores y a los padres, y también a los confesores, sobre todo en materia de escrúpulos, dudas y peligros.

Segundo, es voluntad de Dios, todo lo propuesto rectamente, es decir lo resuelto después de haberlo pensado bien, de haberlo encomendado a Dios en la oración y de haber escuchado el prudente consejo del confesor; tales son, por ejemplo, las resoluciones y propósitos hechos para agrandar más a Dios y a su Madre Santísima.

Finalmente, todo lo imprevisto por nosotros y que, sin culpa nuestra, nos impide cumplir las obligaciones contraídas y guardar el orden propuesto. Tales son las enfermedades, las tribulaciones, los actos de caridad para con el prójimo, los estorbos de cualquier clase, las dificultades que sobrevienen, etcétera.

Por lo tanto, pocas excepciones puede haber en la manifestación de la voluntad de Dios, siendo siempre tan clara y evidente, así en lo previsto y ordenado, como en lo imprevisto y extraordinario que Dios hace que nos salga al paso precisamente para que no hagamos lo que tenemos costumbre de hacer o nos hemos propuesto, sino lo que Él nos presenta como cosa repentina e ineludible.

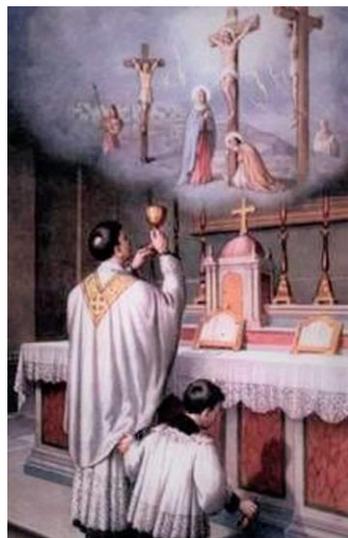
No hay que tener miedo: cuando Dios llama; Él dará las gracias. Cuando Dios nos encomienda un trabajo, se encarga de ayudarnos a cumplirlo, pero siempre tenemos que pedirle su ayuda. Lo importante es mirar y averiguar cuál es la voluntad de Dios para con nosotros; mas no nos debemos dejar llevar por nuestros gustos naturales de hacer sólo lo que nos agrada. Tenemos el ejemplo de Cristo en decir al Eterno Padre: “No se haga como Yo quiero, sino como Tú quieras... no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Eso es lo que el Señor nos enseñó. Digamos con Santa Teresa: “Dadme muerte, dadme vida, dad salud o enfermedad... que a todo digo

que sí. ¿Qué mandáis hacer de mí?” Recordad que la vida es muy corta, pero la eternidad no tiene fin. No malgastéis el tiempo en cosas pasajeras y vanas; aprovechadlo bien en amar a Dios a imitación de María Santísima, cumpliendo la Divina Voluntad.

¿Qué mayor gloria puede ambicionar un hombre que ser cooperador en esta grande obra de la salvación de las almas? El que ama al Señor con todo su corazón, no se contenta con amarle él solo, quisiera también inflamar a todo el mundo en santos ardores de caridad, para que todos a una ensalcemos su nombre. Por esto, dirigiéndose San Agustín a todos los amadores de Dios, les dice: “Si amáis a Dios, inflamad a todos en su santo amor.” Eso es precisamente lo que pedimos al decir: “¡Oh amado Jesús! Si yo tuviera el amor de todos los corazones, todo sería para Ti. Envía, Señor, almas, sobre todo almas de apóstoles y de mártires, para abrasar en tu Amor a la multitud de los desgraciados pecadores.”

A trabajar en salvar almas: no sólo por ellas mismas, sino sobre todo para agradar a Dios, para que el Señor sea amado eternamente por esas almas y pueda compartir con ellas su infinita felicidad. Además, el que con verdadero celo trabaja en la salvación de las almas puede tener muy fundadas esperanzas de salvar la suya.

Para la elección de estado, hay que obedecer únicamente a Dios, abrazando el estado de vida a que nos llame. La salvación eterna de cada cual, depende de la fidelidad en seguir la vocación divina. Nuestro Redentor no dijo: “Rogad a los hombres que vayan a recoger la mies,” sino: “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies.” El Señor es quien elige los operarios que han de cultivar su viña: “Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis por todo el mundo y produzcaís frutos.” Confiamos que el Señor no abandonará jamás a su Iglesia hasta el punto de dejarla desprovista de sacerdotes dignos, según la necesidad de las almas.



El mundo está quedando casi sin sacerdotes. Para remediar el problema, hay que buscar su raíz, y la encontramos en Santa Teresita: “Cuando vi cómo San Pablo nos anima a ambicionar los mejores dones, esta frase me reconfortó: ‘yo os voy a mostrar un camino aún más excelso: el de la virtud de la Caridad’. Y el Apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor; y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad... Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a

derramar su sangre. Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares. En una palabra, ¡que el amor es eterno! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío, al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor!” Ahí está la raíz del problema: como el amor está casi apagado, faltan apóstoles para anunciar el Evangelio. Ya lo anunció el Señor en el Evangelio: “Se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos... Cuando viniere el Hijo del Hombre ¿pensáis que hallará Fe en la Tierra?,” una Fe viva, vivificada por la verdadera Caridad. Por lo tanto, la solución del problema consiste en que todos los miembros de la Iglesia nos dediquemos de lleno a crecer en la caridad, en el verdadero amor a Dios. Imitad a María Santísima y haced esos actos continuos de amor que dan tanto consuelo al Sagrado Corazón de Jesús; decidle que le amáis y mostradlo con las obras y con la paciencia; así creceréis todos en la caridad, y pronto se verán los frutos.

Con las obras mostramos nuestro amor a Dios, pero no es siempre necesario que sean obras grandes para que el amor sea grande. Ya conocéis el caminito de Santa Teresita, compuesto de incontables pequeños actos de amor a Dios. El amor se manifiesta en la paciencia en llevar las cruces y contradicciones de cada día, y también en los afectos y deseos sólo vistos por el Señor. Por eso, insistimos en que le digáis con frecuencia “Jesús, te amo,” para así ejercitaros y crecer en la caridad.

Nos, ya os hemos hablado en varias ocasiones sobre las vocaciones religiosas y sacerdotales; pero como vemos que, por medio de estos últimos acontecimientos, la Divina Providencia está haciendo una llamada a la generosidad de los jóvenes palmarianos, al poner ante vuestros ojos la necesidad de sacerdotes y religiosos, por eso tenemos que exhortaros de nuevo a corresponder generosamente en la grandiosa Santa Cruzada de los Últimos Tiempos, y explicaros algo de la grandeza e importancia del sacerdocio cristiano.

Considerad los altísimos fines para los que fue constituido el sacerdocio. No solamente el de celebrar la Misa y rezar; la finalidad divina es establecer en la tierra personas públicas encargadas de cuanto concierne al honor de Su Divina Majestad y de la salvación de las almas. Jesucristo estableció a los sacerdotes como cooperadores suyos, para procurar el honor de su Eterno Padre y la salvación de las almas; por esto al subir al Cielo declaró que los dejaba en su lugar, para que continuasen la obra de la Redención que Él mismo empezó y acabará. Hizo de ellos los delegados de su amor. Y el mismo Jesucristo dijo a sus discípulos: “Como el Padre me envió, así también Yo os envío.” Les dejó por obra la que Él vino a hacer a la tierra. Esto quiere decir que



los sacerdotes se hallan en el mundo para dar a conocer a Dios, sus divinas perfecciones, su justicia, su misericordia, sus preceptos, y para hacer que se le respete, se le obedezca y se le ame como es debido; están destinados a buscar a las ovejas perdidas, dando para ello la vida si preciso fuera. Tal es el fin para el que Jesucristo vino al mundo y por el que instituyó a los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen que ser maestros que enseñen a los pueblos la ley de Dios. Han de vivir vida inocente y no manchada de pecados. El Apóstol San Pablo exige que quien aspire al sacerdocio sea de conducta irreprochable, como escribió a su discípulo Tito, pues en las cosas divinas no hay que osar colocarse al frente de los demás sin haberse hecho, en su modo de obrar, del todo conforme y semejante a Dios. Por la ordenación se recibe la misión de ejercer en el altar las funciones más elevadas, para las que se exige incluso mayor santidad y perfección de vida que la exigida por el estado religioso.

Así podemos entender los principales deberes del sacerdote, recordando que Jesús no vino al mundo más que para encender el fuego del amor divino: “Fuego vine a poner en la Tierra; ¿y qué quiero, sino que arda? Pues, Yo he venido a incendiar la Tierra con el Fuego de la Caridad, para destruir la falsa paz que da el mundo.” Esto es lo que ha de procurar el sacerdote durante toda su vida y con todas sus fuerzas: no ganar dinero ni granjearse honores ni bienes terrenales, sino ver que Dios sea amado por todos. Somos llamados por Jesucristo, no para buscar nuestros propios intereses, sino para procurar la gloria de Dios. El amor verdadero no busca su propia ventaja, sino que se afana por llevar a cabo cuanto desea el amado. El Señor ha separado a los sacerdotes de entre los pueblos para que sean suyos. Esto quiere decir para que se dediquen a sus alabanzas, a su servicio y a su amor; y para que sean los cooperadores y dispensadores de sus Sacramentos. El espíritu eclesiástico consiste precisamente en el ardiente celo de promover la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Dice San Ambrosio que “los sacerdotes han de ser los guías y los pastores del rebaño de Jesucristo, porque el ministro de los altares no es ya suyo, sino de Dios.” El Señor separa a los sacerdotes del resto de los hombres, para unirlos completamente a Sí. “Si alguno desea servirme, sígame.” Sígame, es decir, huyendo del mundo, ayudando a las almas, haciendo que Dios sea amado, y combatiendo el pecado. El sacerdote que es verdadero seguidor de Jesucristo toma las injurias hechas a Dios como hechas a sí mismo. Los seculares, aplicados a los negocios mundanos, no pueden rendir a Dios la debida veneración y agradecimiento, por lo que fue necesario escoger de entre la muchedumbre algunos hombres que estuviesen obligados a tributar al Señor los honores que se le deben. Como el oficio de los ángeles es el de alabar continuamente a Dios en el Cielo, así el de los sacerdotes es el alabarle continuamente en la tierra.

En las cortes de los monarcas había ministros encargados de hacer observar las leyes, alejar los escándalos, reprimir las sediciones y defender el honor regio. Para todos estos fines constituyó el Señor a los sacerdotes, que son oficiales de su corte, como ministros de Dios. Los ministros siempre están prestos a procurar a su soberano el respeto que le es debido, siempre hablan de él elogiosamente, y si oyen algo contra el monarca lo reprenden celosamente; se esfuerzan por prevenir sus gustos y exponen hasta la vida por complacerlo. Así deben obrar los sacerdotes con Dios, conscientes de que son ministros suyos, y por sus manos pasan y se tratan



todos los negocios de la gloria de Dios. Por medio suyo se quitan los pecados del mundo, por lo que quiso morir Jesucristo. ¿Qué se diría de un sujeto que rehusara velar por los intereses de su rey y se alejase cuando le pide su asistencia? Los sacerdotes son embajadores de Dios. Son los coadjutores o colaboradores de Dios para procurar la salvación de las almas. Jesucristo les infundió el Espíritu Santo para que salvaran las almas, perdonándoles sus pecados, cuando dijo: “Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que se los retuviereis, les serán retenidos.” Por tanto, el sacerdote no ha de ocuparse de las cosas terrenales, sino de las divinas, en provecho de la humanidad. Por esto, los sacerdotes no deben mirar más que a Dios y ganarle almas, oficio divinísimo. Los sacerdotes deben tener un celo ardoroso por la gloria de Dios y la salvación de las almas, porque están destinados a conquistar no riquezas, sino almas. San Gregorio I exclamaba: “Dejemos las cosas terrenales para aplicarnos solamente a las cosas de Dios, pues hacemos todo lo contrario: dejar las cosas de Dios para dedicarnos a los negocios terrenos.”

El sacerdocio es un honor y es también una carga que lleva consigo gran cuenta y responsabilidad. El sacerdote está obligado a mayor perfección de santidad que

los demás fieles, ya que su estado es más sublime que todos los demás, pues Dios aconseja la perfección a los seglares, al paso que la impone a los clérigos.

Decía San Ambrosio que el sacerdote, para ofrecer dignamente el sacrificio, primero se ha de sacrificar a sí mismo, ofreciéndose enteramente a Dios. El sacerdote no sólo ha de estar alejado de todo vicio, sino que se debe esforzar continuamente por llegar a la perfección. El sacerdote ha de estar muerto al mundo y a todas las pasiones para vivir una vida por completo divina. El sacerdocio actual es el mismo que recibió Jesucristo de su Padre; por lo tanto, exclama San Juan Crisóstomo: “Si el sacerdote representa a Jesucristo, ha de ser lo suficientemente puro que merezca estar en medio de los ángeles.” Todo el mundo sabe que San Francisco quiso permanecer diácono, sin pasar al sacerdocio, por haber visto en una revelación que el alma del sacerdote ha de ser pura como el agua que se le mostró en un vaso de cristal.

Veamos cuál debe ser la santidad del sacerdote como mediador entre Dios y los hombres. Debe el sacerdote ser santo en su calidad de dispensador de los sacramentos, pues es menester que esté libre de toda culpa como administrador de la casa de Dios. “El sacerdote,” dice San Juan Crisóstomo, “está colocado entre Dios y la naturaleza humana, atrayéndonos del Cielo los beneficios y llevando allí nuestras oraciones, reconciliándonos con el Señor y arrancándonos de sus manos justicieras.” En los sacramentos, Dios comunica sus gracias a los fieles por medio de los sacerdotes. Por el Bautismo los hace hijos suyos y los salva: “Quien no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios ni tener parte en él.” Por ellos cura a los enfermos y hasta resucita a los muertos a la vida de la gracia, es decir, a los pecadores, mediante el sacramento de la Confesión. Por ellos alimenta a las almas y les conserva la vida de la gracia, mediante el sacramento de la Eucaristía: “Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros.” Por ellos da a los moribundos la fuerza para vencer las tentaciones del infierno mediante el sacramento de la Extremaunción. En suma, dice San Juan Crisóstomo, “sin los sacerdotes no nos podremos salvar,” y llama a los sacerdotes “muros de la Iglesia;” San Próspero los llama “intérpretes de la divina voluntad;” San Ambrosio, “ejército de santidad;” San Gregorio Nacianceno, “fundamentos del mundo y columnas de la fe.”

El sacerdote también ha de ser santo para alcanzar gracias para los demás. Escribe Santo Tomás, el Doctor Angélico: “Los mediadores entre Dios y el pueblo han de brillar a los ojos de Dios por su buena conciencia y a los ojos de los hombres por su buena fama.” “De otro modo,” dice San Gregorio, “fuera gran temeridad presentarse como embajador ante un príncipe pidiendo perdón por los criminales, siendo a la vez reo de semejantes delitos.” Quien quiera interceder por los demás necesita ser grato al príncipe, pues si le es odioso, lo que conseguirá será irritar más el enojo del príncipe. De aquí que San Agustín afirme que “el sacerdote, que ha de rogar por los demás, necesita tener tal mérito ante Dios que pueda alcanzar lo que ellos no pueden esperar por sus deméritos.” Esto es lo que declaró el Papa San Hormisdas cuando dijo que “el que ha de orar por el pueblo ha de ser más santo que el pueblo.” San Bernardo se queja de que haya pocos sacerdotes tan santos que merezcan ser dignos mediadores; y San Agustín, hablando de los malos eclesiásticos, llega a decir que “el ladrido de los perros es más grato a Dios que la oración de tales eclesiásticos.” En 1215 el Concilio IV de



Letrán sabiamente declaró que “es preferible que haya un número reducido de sacerdotes, antes que muchos que sean malos.” “Querer proveer a la necesidad de los pueblos con ministros malos,” dice San León I, “no es querer salvarlos, sino perderlos.” El Padre Marchese cuenta en su Diario de los Dominicos que cierta sierva de Dios de su Orden, al rogar al Señor se apiadara del pueblo por los merecimientos de los sacerdotes, oyó que le respondía que éstos, con sus pecados, le irritaban más que aplacarlo. Así lo hemos visto en la iglesia romana, que fue llevada a la apostasía por sacerdotes que, en lugar de reparar a Dios y aplacarle, han atraído los terribles castigos de la justa Ira divina sobre el mundo. Dios está sacudiendo a la humanidad ahora con castigos, para que acuda a su Misericordia y deje de vivir con las espaldas vueltas a su Creador.

Si alguno aspira al sacerdocio con la intención recta de trabajar por la gloria de Dios, y sólo para servir a Dios y consagrarse a la salvación de las almas, se ha de juzgar que está llamado por Dios. Por el contrario, si se pretende llegar al sacerdocio a impulsos de la ambición, del interés o de la honra propia, es indicio de no haber sido llamado por Dios, sino por el demonio. Los sacerdotes deben ser santos para que no deshonren a Dios, cuyos ministros son y a quien están encargados de honrar. Es precisamente por eso, y para que no vuelva a pasar lo de Roma, que ahora sólo se confiere el sacerdocio a los que viven en humilde obediencia, en pobreza y castidad, dedicados a la oración en la vida religiosa.

Aquí es donde el religioso fiel a su vocación aprende a ser obediente sin replicar, pobre sin ambiciones mundanas, casto sin mancha, paciente sin murmuración, humilde sin fingimiento, alegre sin disipación, temeroso sin desconfianza, diligente sin preocupación, prudente sin artificio. Aprende a tener un corazón

vigilante, que no se aparte de Dios por pensamientos vanos; un corazón generoso, que no guarde jamás indignos afectos; un corazón recto, que no se deje torcer por malas intenciones; un corazón fuerte en la tribulación y libre de afectos terrenos. Aquí crece en luz para conocer a Dios, en diligencia para buscarle, en habilidad para hallarle, aquí crece su perseverancia en complacerle y la fidelidad en agradecer sus beneficios. En la oración encuentra valor para abrazar las penalidades de la vida en expiación de sus pecados, y así obtener la gracia de ver a Dios, poseerle y amarle por toda la eternidad en el Cielo. Ser religioso es ofrecerte todo a Dios; es prometer no amar más que a Jesús, para que en adelante no seas ya tuyo, sino todo, todo de Dios.



Decía San Agustín: “Nada más dichoso aquí abajo ni nada más agradable a los hombres que el oficio de sacerdote, pero nada más trabajoso ni comprometido ante Dios.” Gran felicidad y honor para el hombre es el sacerdocio, el poder hacer bajar del Cielo a las propias manos al Verbo encarnado, y librar a las almas del pecado y del infierno, el ser vicario de Jesucristo, luz del mundo y mediador entre Dios y los hombres; ser mayor y más noble que todos los reyes de la tierra, tener mayor poder que los ángeles; ser, en una palabra, un ‘dios terreno’, nada más dichoso. Pero, por otra parte, nada más trabajoso ni comprometido: porque si a sus manos baja Jesucristo para ser su alimento, tiene el sacerdote que ser más puro que el agua, como se le dio a entender a San Francisco. Si es mediador de los hombres ante Dios, es preciso que no comparezca ante Dios reo de ningún pecado. Si es vicario del Redentor y Reparador, tiene que asemejarse en la vida de abnegación. Si es

luz del mundo tiene que ser por completo luz de virtudes. En suma, si es sacerdote, tiene que ser santo. De otro modo, si no corresponde a los dones de Dios recibidos, tanto mayor será la cuenta que habrá de dar a Dios. Y el sacerdote desempeña un oficio celestial y es ángel del Señor, por lo que, como tal ángel, será elegido para la gloria o reprobado para el infierno. Por eso, el sacerdote ha de estar libre aun de las faltas más ligeras. Aunque las exigencias son grandes, Dios no manda lo imposible; pero, al mandar, nos advierte que hagamos lo que podamos y que pidamos lo que no podemos, para que Él nos ayude a poder. De todo esto se sigue que es preciso que el sacerdote trabaje para santificarse. No basta que sólo ofrezca la Santa Misa y nada más. Tiene que tener una vida de oración, de mortificación, de recogimiento. Alguien dirá que le basta con salvarse. No, no basta. ¿No te acuerdas del criado que escondió el talento? Para que el sacerdote sea santo, ha de vivir desprendido de todo; de las conversaciones mundanas, de los vanos honores, y del afecto inmoderado a los parientes. Cuando éstos, viéndole preocupado de las cosas de Dios, le pregunten: ¿por qué lo hiciste así con nosotros?, debe responderles como respondió el Niño Jesús cuando lo encontró su Madre en el templo: “¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que son de mi Padre Celestial?” Así ha de responder el sacerdote a sus parientes: ¿Sois vosotros quienes me hicisteis sacerdote? ¿No sabíais que el sacerdote ha de trabajar solamente para Dios? Solamente a Él me quiero consagrar.

El Señor instituyó a los sacerdotes para salvar las almas y librarlas de los vicios, para la instrucción de los ignorantes y la conversión de los pecadores. Para darse cuenta de cómo desea Dios la salvación de las almas, basta sólo considerar lo que ha hecho en la obra de la redención humana. Bien claro patentizó Jesucristo este su deseo cuando dijo: “Con bautismo de sangre es menester que Yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!” Le parecía desfallecer por el ansia que tenía de ver realizada la obra de la redención, a fin de salvar a todos los hombres.



De esto se infiere que no hay cosa más cara a Dios que la salvación de las almas, pues nada agrada tanto a Dios como trabajar para hacer mejores a los demás. Un día dijo el Señor a cierto sacerdote que se fatigaba mucho en la conversión de los pecadores: “Trabaja por la conversión de los pecadores, pues nada hay más agradable para Mí.” Tan agradable es a Dios, que se diría que no tiene mayor afán que ver salvos a todos los hombres. Por eso decía San Lorenzo Justiniano hablando al sacerdote: “Si te preocupa la honra de Dios, no la podrás buscar de modo mejor que trabajando en la salvación de las almas.” Y decía Santa Teresa: “Cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen; por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome

que aprecia más que le ganásemos un alma por nuestra industria y oración, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podamos hacer.”

Dice San Bernardo que a los ojos de Dios un alma vale tanto como el mundo entero; de ahí que escribiera San Juan Crisóstomo que “quien convierte una sola alma agrada más a Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas.” Dios estima tanto la salvación de una ovejuela que anda fuera de camino como la salvación de

todo el rebaño. Por esto decía el Apóstol San Pablo: “me amó y se entregó a Sí mismo por mí,” queriendo significar con esto que Jesucristo hubiera muerto por una sola alma, como murió por todas. ¡Dios ha muerto por ti! Lo hizo a fin de que no viviésemos para el mundo, sino para aquel Señor que por nosotros quiso morir. Lo hizo para que el amor que nos mostró ganase todos los afectos de nuestros corazones; y así, al considerar la muerte de Cristo, tuviésemos en poco el dar la vida y darlo todo por amor de nuestro amantísimo Jesús. Aprovecha bien el resto de tus días que Dios te concede para que le ames. Recuerda lo mucho que Cristo te amó, y dile: “Dios mío, ¡Tú has muerto por mí!” Hazlo con frecuencia, y así te sentirás dulcemente movido a amar a Dios, que te ama tanto. Hasta ahora, no has amado como debieras a tu amantísimo Redentor, porque no has pensado en el amor que Él te tiene. Cuando el demonio o el mundo te ofrezcan sus venenosos frutos, recuerda las penalidades que sufrió tu amado Salvador por tu amor, para que le ames y no le ofendas. ¿Es posible que quien considere cómo nuestro amado Redentor estuvo en el pesebre de Belén, en la Cruz del Calvario, y ahora está en el Sacramento del Altar, no se inflame de amor a Él?

El sacerdote ha de administrar los Sacramentos y ofrecer a Dios Padre el Santo Sacrificio de la Misa por los pecados de la humanidad, a fin de que se derramen las gracias de salvación sobre todos; y este oficio es propio de los sacerdotes de la ley de gracia, a los cuales se ha dado poder para ofrecer el sumo sacrificio del Cuerpo y de la Sangre del mismo Hijo de Dios, del Verbo eterno hecho hombre; sacrificio supremo y perfecto, a diferencia de los antiguos, que no encerraban más mérito que ser sombra y figura de nuestro sacrificio, el cual tiene la fuerza de alcanzar la remisión de las penas temporales debidas por nuestros pecados, el aumento de la Gracia y los auxilios más abundantes a favor de aquellos por quienes se ofrece.

El sacerdote que no está penetrado de la grandeza del santo sacrificio de la Misa, nunca lo ofrecerá como es debido. Jesucristo en la tierra no hizo obra mayor que ésta. La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se pueda llevar a cabo, tanto en razón de las Divinas Víctimas ofrecidas, que son Jesucristo, Víctima de dignidad infinita, y su Santísima Madre la Inmaculada Virgen María, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote. Cuando veáis al sacerdote ofreciendo el sacrificio, no penséis que es el sacerdote, sino representaos la mano de Jesucristo extendida de modo invisible.

Todo el honor que han podido tributar siempre a Dios los ángeles con sus homenajes y los hombres con sus virtudes, penitencias, martirios y demás obras santas, no podrán proporcionar tanta gloria a Dios como la que le proporciona una sola Misa; porque todos los honores de las criaturas son finitos, en tanto que el honor que se tributa a Dios en el sacrificio del altar es honor infinito, por provenir de una persona divina. Es, pues, la Misa la obra más santa y la más agradable a Dios; es la obra más capaz de aplacar la ira de Dios contra los pecadores, la que más abate las fuerzas infernales, la que procura más abundantes gracias a los hombres en la tierra y la que más alivio proporciona a las almas del purgatorio, la que da valor infinito a los sacrificios de los miembros de la Iglesia; y ésta es, finalmente, la obra a que va ligada la salvación del mundo, la perpetuación del Calvario. Por la Santa Misa se conserva la tierra sin haber sido aniquilada.

El Señor en cada Misa hace al género humano un favor en nada inferior al que le hizo en la Encarnación. Esto concuerda con la célebre sentencia de San Agustín, que exclamaba: “¡Venerada dignidad de los sacerdotes, en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios, como se encarnó en el seno de la Virgen Santísima!” Además, como el sacrificio del altar no es más que la aplicación y renovación del gran sacrificio de la Cruz, una Misa tiene para el bien y salvación de los hombres toda la eficacia del sacrificio de la Cruz. La celebración de la Santa Misa tiene el mismo

valor que la muerte de Cristo. Siempre que se ofrece en el altar este sacrificio, se renueva la obra de nuestra redención. En efecto, el mismo Redentor es quien se ofrece por nosotros sobre la cruz y se sacrifica sobre el altar por medio de los sacerdotes.

En una palabra, la Misa es lo más bello y excelente que hay en la Iglesia. En la Misa se nos entrega Jesucristo por medio del sacramento del altar, que es el fin y consumación de todos los sacramentos. Con razón, pues, la Misa es llamada ‘el compendio de todo el amor divino y de todos los beneficios dispensados a los hombres.’ Por esto el demonio se esforzó siempre por suprimir la Misa del mundo mediante los herejes, a quienes hizo precursores del anticristo, y así durante un tiempo consiguieron suprimir el sacrificio del altar, en castigo de los pecados de los hombres, como profetizó Daniel: “Y le fue dado poder contra el sacrificio perpetuo, a causa de los pecados del pueblo.”

El demonio y sus secuaces tienen ahora más poder en el mundo que nunca, a causa de tantos pecados. ¡Mucha oración para perseverar! Nos, Vicario de Cristo y vuestro Padre Universal, os pedimos que también intensifiquéis vuestras oraciones y sacrificios por Nos, para que podamos perseverar en cumplir la difícil tarea que nos corresponde.



Hablando de la Comunión espiritual, San Gregorio XVII dijo: “Cristo y María no niegan, a los que están preparados a recibirles dignamente, no les niegan la entrada. Entran, sí, no por medio del Sacramento de la Comunión por imposibilidad verdadera; lo hacen por el crecimiento directo de la Gota de Sangre de la Divina María.” Para estar ‘preparados a recibirles dignamente’, para poder comulgar, siempre hay la obligación, bajo pecado mortal, de estar presente visiblemente en el turno completo de Misas en que se administre la Santa Comunión. Este precepto obliga cuantas veces se comulgue, y sólo están dispensados de dicha obligación los imposibilitados por enfermedad y los obstaculizados por verdaderos problemas. La razón es porque la mejor



preparación para comulgar es unir nuestros sufrimientos, aspiraciones y oraciones a la Pasión de Cristo y María en la Santa Misa, para luego unirnos a Ellos por amor en la Santa Comunión. Si la Comunión espiritual se hace con un gran deseo de recibir a Jesús y María, se ganan las mismas gracias que al comulgar sacramentalmente, e incluso puede ser aun mejor, porque muchas veces se comulga por comulgar, como una rutina. Ahora que el demonio está haciendo mañas contra la Iglesia para impedir que el Señor entre en los corazones de los fieles por medio de la Santa Comunión, nos toca a nosotros hacer mañas para darle al Señor el gusto de venir y poder hallar el descanso y el consuelo que reclama. Esto se consigue si hacemos la Comunión espiritual con fervorosos actos de amor, con el deseo firme de recibirles y tenerles en nuestros corazones, y con una entrega total a la Voluntad de Dios; de esta manera Jesús y María vendrán gozosos y estarán incluso más a gusto que antes, compartiendo con nosotros sus aflicciones.

El único alimento de San Nicolás de Flüe durante veinte años era la Santa Comunión, aunque vivía en una época en que se comulgaba con poca frecuencia. Él mismo explicó que, cuando asistía a Misa, en el momento en que el sacerdote comulgaba, él sentía que recibía una fuerza que por sí sola le permitía permanecer sin comer ni beber. En esto tenemos una muestra de la eficacia de la Comunión

espiritual bien hecha durante la Santa Misa, y se confirma una vez más lo que dijo el Papa San Gregorio XVII: “La Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, la Esposa Inmaculada de Cristo, es Fecundísima, en virtud de la Comunión del Celebrante, en cada una de nuestras Misas.”

Estamos en los Últimos Tiempos, época de tribulaciones para la Iglesia y el mundo. También al principio del cristianismo, y durante mucho tiempo, hubo grandes dificultades, por lo que los cristianos de aquellos tiempos tuvieron que participar en los Cultos a escondidas y en las catacumbas donde fueron enterrados los cuerpos de los gloriosos mártires.

Todos los 32 primeros Papas, hasta el pontificado de San Silvestre I Magno en el año 313, murieron mártires. Se ha calculado que, en los veinte siglos de la historia de la Iglesia, ha habido más de setenta millones de Mártires que dieron su sangre por Cristo. La historia de los primeros siglos de la Iglesia refiere que hubo una multitud innumerable de mártires. El hecho no sólo lo afirman los autores cristianos, sino que lo confirman, además, Tácito, Libanio, Plinio el Joven y otros historiadores paganos. Se cuentan, desde el emperador Nerón en el año 64 hasta San Constantino I en el año 312, diez persecuciones generales, además de las persecuciones locales. Según documentos de la mayor autenticidad, el número de los mártires se calcula en unos once a doce millones, durante los tres primeros siglos de la Iglesia. La última persecución, ordenada por Diocleciano, fue tan violenta, que este emperador creyó haber borrado el nombre cristiano de la faz de la tierra, como lo prueba el hecho de haber mandado acuñar una medalla con esta inscripción: Nómine christianórum deléto: el nombre de los cristianos aniquilado.

La vida del cristiano es llevar la cruz. Cristo nos dio el ejemplo, siendo Dios, al morir en la Cruz para salvarnos. ¡Sin cruz no hay salvación posible!

Amadísimos hijos: Aprended a amar la cruz de todos los días. Que sea vuestra compañera, vuestra sombra, vuestro ángel de la guarda. La segunda estación del Santo Viacrucis nos recuerda cómo Cristo tomó la Cruz: la besó y la abrazó. Es algo impresionante, que muestra el amor que tenía por salvar a todas las almas que quieran salvarse.

Ahora es tiempo de oración y de penitencia, para reparar a Dios por tantas ofensas que recibe, y para conseguir la salvación eterna de las innumerables almas que dependen de nosotros. La Iglesia está sufriendo en muchos de sus miembros. Todo lo que sucede es querido o permitido por Dios, que sabe lo que nos conviene y sabe cuándo enviarnos la cruz. Aceptémosla con alegría y abandonados a la Voluntad divina, confiando en el amoroso actuar de nuestro Padre Celestial aun en medio de los mayores apuros. Pongamos nuestra confianza en la Santísima Virgen María, nuestra Madre, que nos ama a los palmarianos como hijos predilectos y que sabe solucionar todos los problemas. Esta confianza nos abrirá los ojos para ver la mano de Dios en los acontecimientos y nos dará fuerzas y alegría para perseverar en medio de las adversidades.

Recordad aquellas palabras de Cristo: “Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cercano está el día en que la Tierra será purificada y renovada.” Las dijo para que no nos desanimesmos ante los sufrimientos y dificultades, cuando nos purifique en el fuego de las tribulaciones, sino que nos llenemos de santa alegría al ver que pronto llegará el glorioso triunfo del Señor sobre las fuerzas del mal.

También en los mensajes del Palmar, Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre nos animan a alegrarnos por los acontecimientos que se acercan: “Pronto, muy pronto, el mundo contemplará extasiado la era de las grandes maravillas celestiales. Alegraos, queridos hijos, pues ya está cercano el día llamado de María... Aparece la Gran Señora, vestida de Sol, coronada de doce estrellas y la media luna a sus pies. Y he ahí la esperanza para remediar los males de estos tiempos: la aparición universal de la Gran Señora que pronto, la Gran Señora, ha de aplastar la cabeza de la serpiente. Entonces habrá una gran división, grande y patente. Los hijos de la Gran Señora y los hijos de Satán, la luz y las tinieblas. Una guerra sin cuartel y una lucha abierta entre el dragón y la Gran Señora. Y todos mis enemigos serán puestos como escabel de mis Pies. Pero antes ha de verse el triunfo de la Gran Señora. Y ninguno os apuréis ni andéis turbados, aun en medio de la persecución. Porque llegará el día de los grandes mártires de los Últimos Tiempos; y esos serán los hijos de la Gran Señora, y Ella dará el aliento y será la confusión de sus enemigos. ¡Alegraos, alegraos por el tiempo que se avecina! El Reino de mi Paz está para llegar. El triunfo de Cristo está pronto: la Era del Espíritu Santo. Mas para llegar vivos a ese Reino, hay que pasar por una purificación con que el Padre acrisolará la tierra. Benditos los que tomen parte en esos martirios como mártires. Benditos de ellos, porque me verán por toda la Eternidad. Si verdaderamente supieran lo que significa ese Reino de Paz, estarían siempre diciendo: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús!... Ese día de mi Gloriosa Venida, llegará. Será el acontecimiento más glorioso que se habrá dado sobre la tierra. Para unos tendré Rostro de Padre; para otros Rostro de Juez. Para unos será una alegría infinita el contemplar mi Rostro lleno de Misericordia y Majestad. Y, para otros, será horrible y terrible ver mi Rostro lleno de Ira: La Ira del Señor que reclama los mártires.”



Los mensajes celestiales también nos exhortan a alegrarnos por los grandes beneficios espirituales que disfrutamos ya en la actualidad: “Hoy, más que nunca, María ejerce su Maternidad espiritual sobre los hombres; y vuestros corazones deben llenarse de alegría al llamarla Madre. Porque Ella os engendra la Gracia, que es Cristo Jesús, el que está aquí presente entre vosotros... Alegraos vosotros y dad gracias al Cielo, porque tenéis la dicha de adorar y venerar la Sagrada Faz en este

Sacratísimo Monte de Cristo Rey... Ahora comenzáis a entrar de lleno en la Pasión. Y no os aflijáis. Reine la alegría entre vosotros. Porque esta cruz que cae sobre vuestros hombros, significa: Alegría. La alegría de saber estar con la verdad. Aun a escondidas dais gloria al Altísimo... La cruz hay que llevarla con alegría, con amor, con paz, con amabilidad... Vosotros, obispos de El Palmar de Troya, sois los elegidos especialmente, con un sello misterioso que os distingue de entre todos los obispos del mundo. Tenéis el sello de la oración, de la penitencia, del recogimiento y de la alegría santa en vosotros. Tendréis que sufrir mucho. Una cruz tras otra vendrá sobre vosotros. Pero habéis de estar todos unidos... Deseo que tomes la Cruz con amor, la beses y la bendigas. La que te espera será mayor. Pero Yo sé enseñar a los mártires, y en el momento del martirio los lleno de dolor y de fuerza. Y mueren con alegría, porque saben que dan la vida para salvar a otros muchos.”

Imitemos a San Pablo en aceptar todo lo que nos suceda: “He aprendido a contentarme con lo poco que tengo. Sé vivir en pobreza y sé vivir en abundancia. Todo lo he probado y estoy ya hecho a todo, a tener hartura y a sufrir hambre; a tener abundancia y a padecer necesidad; pues, todo lo puedo en Cristo, que es el que me conforta.” (Filipenses). Nuestro Señor en el Evangelio también nos exhorta a no angustiarnos por las cosas materiales: “Considerad cómo crecen los lirios del campo, que ni trabajan, ni hilan. Mas, Yo os digo, que ni Salomón, en toda la magnificencia de su realeza, se vistió como uno de ellos. Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana es echado en el fuego, Dios le viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos?’ Porque así hacen los paganos, los cuales se afanan por estas cosas; y bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura. Y así no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana tiene su propia preocupación; y a cada día le basta su trabajo.”

Conviene evitar la tristeza, que es la peste de la devoción y la fuente de mil defectos. Si te dejas llevar por la tristeza, no harás nada bien y serán infructuosas casi todas tus oraciones. Piensa que todos tus disgustos e inquietudes provienen de no recibir con resignación las cruces que Dios te envía. Unirse a la voluntad de Dios hace dulces y amables todas las tribulaciones. Te quejas porque eres pobre, despreciado y perseguido, y porque

estás enfermo y árido; pues bien, confórmate con la voluntad de Dios, y todas estas penas dejarán de serlo para ti. Quizás no te mortifican tanto estas cruces externas como las internas, es decir, los escrúpulos de conciencia. Mas, ¿no es cierto que por la gracia de Dios aborreces los pecados que has cometido; estás resuelto a morir antes que cometer deliberadamente ningún pecado, aunque sea venial; frecuentas los Sacramentos y deseas ser todo de Dios? Todas estas son señales de que gozas de su gracia. Deja pues de afligirte diciendo: ¿Quién sabe como estoy con Dios?; ¿cuál será mi muerte?; ¿si habré confesado todos mis pecados?; ¿si me engañará mi confesor?; el demonio me dice que estoy condenado. He aquí la canción acostumbrada de muchas personas piadosas. Ea, pues, échate en los brazos de la divina misericordia y tranquilízate diciendo: Señor, yo hago lo que me manda vuestro ministro, y así espero por vuestra Sangre que me salvaré y que no perderé nunca vuestra Gracia.

En cuanto al presente, si te afligen los pecados veniales que diariamente cometes, es importante que no les tengas apego, ni los cometas con plena deliberación; así pues, detéstalos al momento, y sosiégate. Si lo que más te aflige es el temor de cometer culpas graves a causa de los muchos malos pensamientos que continuamente te acometen, sabe que la persona de conciencia timorata, si no está cierta de haber caído en pecado mortal, debe estar cierta de que se halla en gracia de Dios, porque es imposible que una voluntad confirmada en los buenos propósitos se vuelva contra Dios sin conocerlo claramente. Por tanto, cuando el confesor te diga que no hagas caso de estos temores y que comulgues sin confesarte de ellos, obedece ciegamente y no des oídos al demonio que procura inquietarte con estos escrúpulos para apartarte del camino de la perfección. Cuando te sientas



agitado, di al Señor: ‘Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu: si queréis que lleve esta cruz hasta la muerte, me conformo con ello. No permitáis que os ofenda; haced que os ame, y no me negaré a padecer cuanto sea de vuestro agrado.’ San Francisco de Sales dice que Dios ama con un amor sumamente tierno a aquellas almas que se echan de este modo en sus paternos brazos, dejándose gobernar en todo por su divina providencia; y por tanto Dios lo convertirá todo en su bien, disponiendo que estas almas escogidas le sigan muy de cerca, sin más apoyo que su divino beneplácito que lo quiere así. Todo esto dice el Santo.

Procura con todo fervor que sólo te alegre lo que te une con Dios y te aflija lo que te aparta de Él, que sólo a Dios desees agradar y únicamente temas lo que a Él le desagrade. Que todos los bienes de la tierra sean para ti viles y despreciables, y que sean únicamente amables los dones de Dios por amor a Él; y que le ames sobre todas las cosas. Reconoce que toda alegría que no venga de Dios es insípida, de suerte que nada quieras fuera de Dios, y que todos tus afectos y todos tus pensamientos vayan dirigidos a Dios. Pide siempre a la Santísima Virgen María que te impetre del Señor

un gran dolor de tus pecados junto con el perdón de ellos, la perseverancia en el bien, un puro amor de Dios y la conformidad perfecta con su santísima voluntad. En eso se encuentra la verdadera felicidad.

“Arroja lejos de ti la tristeza, porque a muchos ha matado, y para nada es buena,” dice el Eclesiástico, para enseñarnos que no hay en ella provecho alguno. Para curar y remediar este mal y enfermedad del espíritu de la tristeza, no es menester menor cuidado y diligencia que para las demás enfermedades y tentaciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella. Guardaos de la tristeza; no la dejéis entrar en vuestro corazón; porque si le dais entrada, y se comienza a enseñorear de vos, luego os quitará el gusto de la oración, y hará que os parezca larga la hora, y que no la cumpláis enteramente, y aun algunas veces hará que os quedéis del todo sin oración, y que dejéis la lectura espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tedio y un hastío que no podréis aguantarlos. Son muchos los daños que se siguen de la tristeza. Se adormece el alma, no el cuerpo, porque con la tristeza y desazón espiritual cobra el alma tanto tedio y hastío a todos los ejercicios espirituales, y a todas las obras de virtud, que está como dormida, inhábil y torpe para todo lo bueno. Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le causan enfado y le impiden de sus buenos ejercicios.

La tristeza puede causar daños grandes, por lo que dice el Eclesiástico: “No dejes que la tristeza se adueñe de tu alma, ni te aflijas a ti mismo con la melancolía; pues la vida del hombre justo ha de ir acompañada del gozo sano del corazón, ya que la alegría es un tesoro que no falta a la santidad; y el regocijo sano del hombre le hace más llevadera su vida. Tú, que deseas agradar a Dios, ámate y alegra tu corazón.”

Tiene también otra cosa la tristeza, que hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. La tristeza mueve a ira y enojo. Y así experimentamos que cuando estamos tristes, fácilmente nos airamos, y nos enfadamos luego de cualquier cosa. Y más aún, hace al hombre impaciente en las cosas que trata; y algunas veces le turba la tristeza de tal manera, que parece que le quita el sentido y le saca fuera de sí, o le hace sospechoso y malicioso, porque donde hay amargura y tristeza no hay juicio. Y así vemos muchas veces que

cuando reina en uno la tristeza y melancolía, tiene unas aprehensiones tan fuera de camino, unas sospechas y temores tan sin fundamento, que los sensatos se suelen reír y hacer conversación de ellas como de locuras. Y a otros se ha visto, hombres gravísimos de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasión, que movía a compasión verlos unas veces llorar como criaturas, y otras dar unos suspiros que no parecía sino que bramaban. Y así cuando están en su juicio y sienten que les quiere venir esta locura (que bien se puede llamar así), se encierran en su aposento para allí a solas llorar y suspirar consigo y no perder la autoridad y opinión con los que les vieren hacer tales cosas.

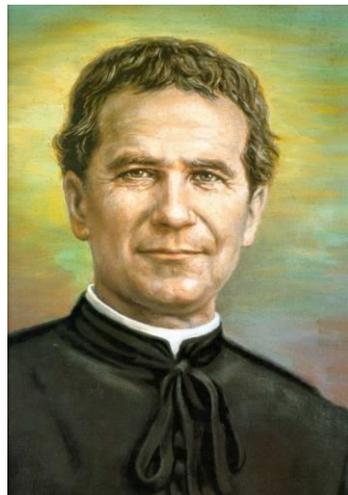
Si queréis saber de raíz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazón, el Espíritu Santo nos los declara brevemente por el sabio Salomón: “Como la polilla al vestido y la carcoma al madero, la melancolía daña al corazón humano.” La vestidura comida de polilla no vale nada ni puede servir para nada, y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luego se hace pedazos; así el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno. Y no termina aquí el mal sino, lo que peor es, la tristeza en el corazón es causa y raíz de muchas tentaciones y de muchas caídas, pues la tristeza ha hecho a muchos caer en pecados. Y así llaman algunos a la tristeza ‘nido de ladrones y cueva de demonios’, y con mucha razón. En la sombra y oscuridad, en esas nieblas y tinieblas de la confusión que tienes cuando estás triste, ahí duerme y se esconde el demonio; ese es su nido y madriguera, y ahí él hace lo que le da la gana; esa es la disposición que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quiere. Así como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas; así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones.



Decía San Francisco de Asís Magno que se alegra mucho el demonio cuando el corazón de uno está triste; porque fácilmente, o le ahoga en la tristeza y desesperación, o le convierte a los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de gran importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces el demonio le hace caer en gran desconfianza y en desesperación, como lo hizo con Caín y con Judas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos, otras con deleites carnales y sensuales, bajo el pretexto de que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es que, cuando uno está triste, le suelen venir unas veces tentaciones sobre la vocación; porque el demonio le representa que allá en el mundo viviría alegre y contento; la tristeza y la melancolía han sacado a algunos de la vida religiosa. Otras veces les suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto a la sensualidad, y procura que se detenga en ellos, aparentando que con eso desechará

la tristeza y se aliviará su corazón. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos, porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Como todo hombre naturalmente desea alguna delectación y contento cuando no lo halla en Dios ni en las cosas espirituales, luego el demonio, que sabe bien nuestra inclinación, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se le mitiga y alivia la tristeza y melancolía presente. Entended que, si no tenéis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, es fácil que vayáis a buscarlo en las cosas viles y sensuales; porque no puede vivir el hombre sin algún contento y entretenimiento.

Son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que afirmamos que todos los males vienen con la tristeza. La muerte viene con ella, y aun la muerte eterna que es el infierno. Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza es preciso que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo ni por vuestro gusto; que si no hubiera más que eso, poco importaba que estuviéseris tristes o alegres. Y por eso también la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raíz de muchos males y pecados.



“Alegraos siempre en el Señor. De nuevo os digo, alegraos,” dice el apóstol San Pablo a los filipenses. Y en otros muchos lugares se nos exhorta a menudo a que sirvamos a Dios con alegría, que nos gocemos y regocijemos. Y con esto saludó el Arcángel a Tobías: “La alegría y la paz de Dios sean contigo.” Solía decir el bienaventurado San Francisco de Asís: “Al demonio y a sus miembros pertenece estar tristes, mas a nosotros alegrarnos siempre en el Señor. En las moradas de los justos siempre se ha de oír voz de alegría y de salud. Nos ha traído el Señor a su casa y escogido entre millares, ¿cómo hemos de andar tristes?” Basta para entender que es cosa de mucha importancia, ver cuántas veces nos la encomienda y repite la Sagrada Escritura, y el ver por otra parte los daños grandes que dijimos se siguen

de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que, viendo el provecho, nos esforcemos más a ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazón. Y sea la primera, porque así lo quiere el Señor. Dice San Pablo: “Dios ama al que da con alegría.” Así como acá en el mundo vemos que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y cuando ve que andan apenados y le sirven con ceño y con tristeza, no le es agradable su servicio, antes le enfada; así Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría, no con ceño ni tristeza. Lo que estima mucho Dios del pueblo es que ofrezca sus dones con gran gozo, con gran voluntad y alegría; no estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se hace. Aun acá solemos decir: la voluntad con que lo hace vale más que todo. Y aquello estimamos en mucho, aunque el servicio haya sido pequeño. Y por el contrario, por grande que sea, si no fue hecho con voluntad y alegría, no lo estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga que lo hace todo desabrido.

La segunda razón es, que redundando en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, porque de esa manera muestra uno que hace aquello de buena gana, y que todo le parece poco para lo que desea hacer. Los que sirven a Dios con tristeza, parece que dan a entender que hacen mucho y que andan reventando con la carga, y que apenas la pueden ya llevar, porque es grande y pesada, y eso desagradado y causa disgusto. Y así una de las causas porque San Francisco no quería ver en el rostro de sus frailes tristeza, era porque da a entender que hay pesadumbre en la voluntad y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, según van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen para lo que desean y quisieran hacer, como decía San Bernardo: “Señor, lo que yo hago por Vos, apenas es trabajo de una hora, y, si más es, con el amor no lo



siento,” conforme a las palabras de Cristo: “Mi yugo es suave, y mi carga ligera.” Eso da mucho contento al Señor; y así dice Él en el Evangelio: “Cuando ayunéis, mostraos alegres.” Quiere decir, poneos de fiesta, y andad alegres, que parezca que no ayunáis ni hacéis nada: “No aparentéis tristeza por vuestra penitencia, como hacen los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan, y ser por ellos alabados.” No hay que estar tristes como los hipócritas, que quieren dar a entender a todos que ayunan, y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aquí que hay algunos que para andar con modestia y recogimiento les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste. Y se engañan, pues la modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa. Ha de tener siempre el religioso una modestia alegre y una alegría modesta. Y saber juntar estas dos cosas es gran decoro y gran ornato del religioso.

Lo tercero, no solamente redundando esto en mucha honra de Dios, sino también en provecho y edificación de los prójimos, y aumento de la virtud; porque los que de esta manera sirven a Dios persuaden mucho a los hombres con su ejemplo que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan, pues les ven a ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual los hombres, que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho a darse a la virtud. Por esta razón particularmente nos conviene mucho a nosotros andar con alegría en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos, y ser nuestro fin y propósito el ganar almas para Dios; porque de esa manera se ganan y aficionan mucho, no sólo a la virtud, sino a la perfección y a la Religión. De algunos sabemos que han dejado el mundo y entrado en la vida religiosa por ver la alegría y contento con que andan los religiosos; porque lo que desean los hombres es pasar esta vida con contento, y si entendiesen el que tiene el buen religioso, se despoblaría el mundo, y se acogerían todos a la Religión; pero es este un maná escondido que le escondió y guardó Dios para los que Él quiso escoger. Si a ti el Señor te descubrió este tesoro escondido, y no se lo descubrió a tu hermano, y así él se quedó allá, y a ti te trajo acá, por ello le debes infinitas gracias.

La cuarta razón por qué nos conviene andar con alegría, es porque la obra comúnmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegría y prontitud; porque eso lleva a que hagamos la obra mejor y más perfectamente. Aristóteles dijo incluso: “La alegría y gusto con que se hace la obra es causa que se haga con perfección, y la tristeza de que se haga mal hecha.” Y así vemos por experiencia que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto al que la hace de mala gana. Porque este no parece que atiende más que a poder decir que la hizo; pero aquel se está esmerando en hacer bien lo que hace, y procura hacerlo lo mejor que puede. Se añade a esto que la alegría y contento del alma da fuerzas y aliento para obrar. Es cierto que la alegría dilata y ensancha el corazón, y hace andar con gran ligereza por el camino de la santidad. Entonces no se siente el trabajo. Y por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón; no sólo quita la gana de obrar, sino también las fuerzas, y hace que se le haga a uno pesado lo que antes le era fácil. Con ánimo lloroso y triste, no hay ganas de alabar a Dios. Y por experiencia vemos cada día que cuando estamos con tristeza, no sólo se disminuyen las fuerzas espirituales, sino también las corporales, que no parece sino que cada brazo y cada pie

nos pesan demasiado. Por esto aconsejan los Santos que en las tentaciones no nos entristezcamos, porque eso quita el vigor del corazón, y hace al hombre cobarde y pusilánime.

Otra razón se puede colegir de las anteriores, por la cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el religioso, ande con alegría. Y es porque, cuando se ve que uno anda con alegría en las cosas de la virtud y de la Religión, da aquello gran satisfacción y esperanza que aquel perseverará y llevará adelante lo comenzado; pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si va a perseverar. Como cuando veis a uno que lleva a cuestas una gran carga de leña, y que va con pesadumbre, anhelando y suspirando, y aquí para, y allí se le cae un palo, y acullá otro, luego decís: este no ha de poder con tanto; creo que lo ha de dejar a medio camino; pero cuando le veis ligero con la carga, y que va cantando y alegre, luego decís: este aun más que aquello llevaría. Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religión, y parece que va gimiendo y reventando con la carga, sospecha da que no va a durar; porque ir siempre remando y forcejando agua arriba es vida de galera y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humildes y en los demás ejercicios de la vida religiosa, así corporales como espirituales, y todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que seguirá adelante y perseverará.

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este ánimo y alegría, que aun en las caídas dicen que no debemos desmayar ni desanimarnos, ni andar tristes y melancólicos, con ser el pecado una de las cosas por que con razón podemos tener tristeza, como luego diremos; con todo esto, dice San Pablo que esa tristeza ha de ser templada, y moderada con la esperanza del perdón y misericordia de Dios, para que no cause desmayo ni desconfianza. Y así San Francisco, que aborrecía mucho esta tristeza en sus frailes, reprendió a uno de sus



compañeros que andaba triste, diciendo: “No debe el que sirve a Dios andar triste, si no es por haber cometido algún pecado: si tu lo has cometido, arrepíentete y confiésate y pide a Dios perdón y misericordia y suplícale con el Santo Profeta David, que te vuelva la alegría primera: ‘Devuélveme la alegría de tu salvación y confórtame con el espíritu de tu Gracia,’” para que así el Señor le restituyera aquella alegría y prontitud que sentía en su servicio antes que pecara, y le sustentara y confirmara en eso con el espíritu magnífico y poderoso de su gracia. San Juan de Ávila reprende, y con mucha razón, a algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza inútil, helados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, desmayados y desanimados; y muchos, dice, hay de estos que no cometen pecados mortales, sino dicen que por no servir a Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Este es un engaño grande, porque mucho mayores son los daños

que se siguen de esa pena y tristeza exagerada, que los que se siguen de la misma culpa; y lo que pudieran disminuir, si tuvieran prudencia y esfuerzo, lo hacen crecer, y de un mal caen en otro. Y eso es lo que pretende el demonio con esta tristeza, quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten a hacer cosa bien hecha.

Lo que hemos de sacar de nuestras faltas y caídas ha de ser, primero, que nos confundamos y humillemos más, conociendo que somos más flacos de lo que pensábamos. Segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la necesitamos. Tercero, que vivamos de ahí en adelante con mayor cautela y reserva, tomando avisos de una vez para otra, previniendo las ocasiones, y apartándonos de ellas. De esta manera haremos más que con desaliento y tristezas perjudiciales. Dice muy bien San Juan de Ávila: “Si por las culpas ordinarias que hacemos tuviésemos que andar decaídos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendría descanso ni paz?, pues todos pecamos.” Procurad vosotros servir a Dios y hacer vuestras diligencias, y si no las hicieréis todas, y cayereis en faltas, no os espantéis por eso ni desmayéis, que así somos todos: hombre eres, y no Ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que

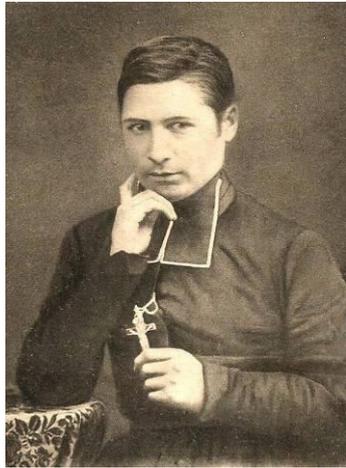


nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor; como el niño que cae, que luego se levanta y corre como antes. Dice San Ambrosio: “Las caídas de los niños no indignan a su padre, sino le enternecen. De esa manera es Dios con nosotros, pues Él conoce muy bien nuestra enfermedad y miseria, y nos ama como a hijos flacos y enfermos; así esas caídas y flaquezas nuestras antes le mueven a compasión que a indignación.” Santa Teresita nos expone lo mismo, y además está contenta con su debilidad porque le da más oportunidad para mostrar su amor a Jesús: “¿Qué alma no desea poseer la virtud? ¡Este es el camino común! ¡Pero qué pocas son las que aceptan caer, ser débiles, las que se gozan de verse por tierra y de que los demás las sorprendan caídas!... ¿Por qué te vas a asustar de no poder llevar esa cruz sin desfallecer? Jesús cayó hasta tres veces camino del Calvario, y tú, pobre niña, ¿no vas a parecerte a tu Esposo, no

querrás caer cien veces, si es necesario, para demostrarle tu amor levantándote con más fuerzas que antes de la caída?” Uno de los grandes consuelos que tenemos los que somos flacos en el servicio de Dios es entender que Dios es tan rico en amor y misericordia que nos sufre y ama, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero como deberíamos. Su misericordia sobrepuja a nuestros pecados; así como se derrite la cera delante del fuego, así se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar mucho para andar siempre con grande contento y alegría, entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas estas faltas ordinarias que hacemos, no perdemos un punto de gracia y amor de Dios.

Ahí está la fuente y la base de la verdadera alegría y felicidad, en amar a Dios y poseer la Gracia divina en el alma. Recordad cómo Santa Teresita interrumpió a una hermana que le estaba hablando de la felicidad del Cielo, con las palabras sublimes: “No es eso lo que me atrae.” “¿Y que es lo que te atrae?” preguntó la otra. “¡Oh! ¡Es el amor! ¡Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al Amor!”

Insistimos una vez más en la necesidad de hacer continuos actos de amor a Dios para que así le deis el amor que reclama de sus hijos. En el Santo Trisagio decimos: “Amorosísimo Dios Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en quien creo, en quien espero, a quien amo con todo mi corazón, cuerpo y alma, sentidos y potencias: por ser Vos, mi Padre, mi Señor y mi Dios, infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas.” Digamos esta oración de corazón, y amemos a Dios sinceramente con las tres potencias de nuestra alma, pues ya sabéis por el Catecismo que “el entendimiento es para conocer a Dios y sus obras; la memoria es para recordar la Ley de Dios y los beneficios espirituales y temporales que de Él recibimos; y la voluntad es para amar a Dios y cumplir en todo su divina voluntad. La verdadera libertad humana, es el uso del entendimiento, de la memoria y de la voluntad, conforme al plan divino. Por el contrario, el libertinaje es el abuso que el hombre hace de la libertad que Dios le ha dado. El hombre que actúa con libertinaje pierde la verdadera libertad al hacerse esclavo de sus pasiones.”



El Catecismo también enseña que en el Cielo “la gloria esencial o visión beatífica es contemplar la Esencia Divina, o sea ver a Dios cara a cara con el entendimiento y amarle perfectísimamente con la voluntad.” No existe mayor felicidad y alegría que amar a Dios y estar en su presencia. Podemos gozar espiritualmente de esos bienes aun en esta vida si poseemos la Gracia Divina en nuestra alma y hacemos continuos actos de amor a Dios; y en el Cielo esa misma felicidad será completa.

En cambio, en el infierno, la pena esencial de daño, que es el estar privados para siempre de la visión de Dios, es el máximo de los sufrimientos. Como la culpa mayor de los impenitentes, en la cual consiste la maldad del pecado, es el apartarse de Dios, la pena más grande que hay en el infierno es ese carecer de la vista de Dios y haberle perdido para siempre. Dice el Tratado de la Santa Misa, “la pena de daño para los condenados, es el deseo angustioso y desesperado de ver a Dios para ser felices y, al mismo tiempo, el rechazo obstinado a verle por el odio hacia Él y para no humillarse al tener que pedir perdón por sus pecados. Mas, para las Almas del Purgatorio, la pena de daño es el deseo vehementísimo de ver a Dios, y no poder verle por las penas temporales aún no expiadas; mas, estas almas no desean abandonar ese estado antes de su completa purificación.” El estar separadas de Dios, el deseo en que arden de poseer a Dios, al que aún no poseen, es la pena de daño y es incomparablemente el mayor tormento del Purgatorio; porque Dios es el Bien infinito, y la privación de un bien infinito y necesario causa una pena tan grande como Dios mismo.

Pero veamos las raíces y causas de donde suele nacer la tristeza para que así apliquemos los remedios necesarios. San Buenaventura dice que la tristeza puede nacer de muchas raíces. Algunas veces nace de enfermedad natural de carácter melancólico y entonces el remedio más pertenece a los médicos que a los teólogos; pero se ha de advertir que ese carácter melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y así, no menor cuidado hemos de poner en que no entren, ni nos lleven tras sí, estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad o contra la fe, por los daños grandes que dijimos nos pueden de eso venir.

Otras veces dice que, sin haber precedido causa alguna particular que provoque a ello, de repente se suele hallar uno tan triste y melancólico, que no gusta de nada, ni aun de los amigos y conversaciones que antes solía gustar, sino que todo le enfada y le disgusta, y no querría tratar ni conversar con nadie, y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solía, sino de manera agitada y desagradable. De donde podemos colegir, que nuestras impaciencias y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de la ocasión que nos den nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro; en nosotros está la causa: el no tener mortificadas nuestras pasiones es la raíz de donde nace todo eso. Y así no es el remedio para tener paz el huir el trato y conversación de los hombres, ni nos manda Dios eso, sino el tener paciencia, y mortificar muy bien nuestras pasiones; porque si no

las mortificamos, a donde quiera que vayamos, y a donde quiera que huyamos, llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que se cuenta de un monje iracundo, el cual, por razón de su cólera e ira poco mortificada, era pesado a sí y a los otros: se decidió a irse del monasterio del santo abad Eutimio, en el cual vivía, pareciéndole que sin tener que tratar con otros, y viviendo solo, cesaría la ira, pues no tendría ocasiones con que airarse. Lo hace así, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cántaro de agua, que por arte del demonio se le derramó; lo levantó y lo volvió a llenar de agua, y por segunda vez se derramó, cayendo en el suelo; volvió por tercera vez a llenarle bien, y por tercera vez se le derramó; entonces con más cólera que solía, coge el cántaro, y da con él en el suelo, haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta, y echó de ver que no era la compañía de los monjes y la comunicación con ellos la causa de sus impaciencias e iras, sino su poca mortificación; y al fin se volvió a su monasterio. De manera que en vosotros está la causa de vuestra inquietud e impaciencia, y no en vuestros hermanos; mortificad vuestras pasiones y, de esa manera, aun con las bestias fieras tendréis paz, y cuanto más con vuestros hermanos.

Otras veces, dice San Buenaventura que suele nacer la tristeza de algún trabajo que sobreviene, o de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y San Gregorio y San Agustín y otros Santos ponen también esta raíz, y dicen que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado a las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama; pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien San Juan de Ávila: “No hay duda sino que el penar viene del desear, y así, a más desear, más penar; a menos desear, menos penar; a ningún desear, descansar.”



De manera que nuestros deseos son nuestros sayones; esos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.

Profundizando en esto más en particular, y aplicándolo a nosotros, se nota que muchas veces la causa de la tristeza del religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia; eso es lo que le suele hacer muchas veces triste y melancólico, y lo que causa que ande con pena y con sobresalto: ‘¿Si me quitan esto en que me hallo bien? ¿Si me mandan aquello a que tengo repugnancia?’ Porque desea uno tener lo que no tiene, o teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y con sobresalto; pero el religioso que está indiferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la Voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar

su contento. Bien podrá el superior quitarle de este oficio y de este colegio, pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene, porque no lo ha puesto en estar aquí o allí, ni en hacer este oficio o aquel, sino en hacer la Voluntad de Dios; y así consigo lleva siempre su contento donde quiera que fuere, y en cualquier cosa que le ocuparen. Pues si queréis andar siempre alegres y contentos, poned vuestro contento en hacer la Voluntad de Dios en todas las cosas, y no lo pongáis en esto o aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ese no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Examinando esto más, lo que suele ser muy comúnmente causa y raíz de nuestras melancolías y tristezas es, no el carácter melancólico, sino el carácter soberbio que reina mucho en nuestro corazón, por carecer de humildad; y mientras reine en vuestro corazón esa disposición, tened por cierto que nunca os faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones; y así siempre viviréis con pena y tormento. Y a esto podemos reducir lo que acabamos de decir, de estar uno indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quisiere mandar; porque muchas veces no es el trabajo ni la dificultad del oficio lo que se nos pone delante. ¿Qué mayor trabajo y mayores dificultades suele haber en los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos, sino la soberbia y el deseo de honra? Es la soberbia la que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es más fácil y ligero, y la que nos vuelve tristes y melancólicos. Y aun sólo el pensamiento y temor de si nos han de mandar aquello que no deseamos, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde y contentarse con el lugar bajo; ese tal estará libre de todas estas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz y descanso. “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.” Si imitamos a Cristo en la humildad, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad; porque lo que lo hace dificultoso es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimación y del deleite y comodidad; y todos esos impedimentos son quitados y superados por la humildad, porque ella hace que el hombre se tenga en poco a sí mismo, y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimación, y todos los bienes y contentos temporales; y quitado esto no se siente trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino gran paz y descanso.

Para todo genero de tristeza, por cualquier vía o causa que venga, es muy buen remedio acogernos a la oración, y pensar en Dios y en la esperanza de la vida eterna que nos está prometida. Con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza; como cuando David tañía con su arpa y cantaba, huía el espíritu malo de Saúl y le dejaba. Y así el apóstol Santiago el Menor en su carta nos pone este remedio: “¿Hay entre vosotros alguno que esté triste? Haga oración para que se vea alentado.” Si estás triste, acude a la oración. Cuando te sientas triste y desconsolado, el remedio es acordarte de Dios, y con eso quedarás consolado. El pensar en el Señor y en sus mandamientos y en sus promesas, eso es un cantar de alegría para el alma fiel; eso es lo que le recrea y consuela en este destierro y peregrinación en todos sus trabajos y desconsuelos. Si el conversar acá con un amigo basta para animarnos y alegrarnos, ¿qué será el conversar con Dios? Y así el siervo de Dios y el buen religioso no ha de tomar como medio para desechar sus tristezas y melancolías el hablar, y el distraerse y derramar sus sentidos, ni leer cosas vanas o profanas, ni menos cantarlas, sino el acudir a Dios, el recogerse a la oración: ese ha de ser su consuelo y descanso.

Consideran varios Santos aquello que cuenta la Escritura divina, que después del diluvio, pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca, y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar, y no volvió; envió luego tras él la paloma, la cual, no hallando dónde poner los pies, se volvió al arca. Preguntan esos Santos: Pues el cuervo no volvió, claro está que halló dónde poner los pies: ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló dónde ponerlas? Su respuesta es, que el cuervo sobre aquellos lodazares y sobre aquellos cuerpos muertos hizo su asiento; pero la palomica simple, blanca y hermosa no se ceba en cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares; y así se volvió al arca, porque no halló dónde poner los pies, no halló dónde descansar. Pues así el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreación en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo; y así se vuelve como la palomica al arca de su corazón, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas es acudir a la oración, acordarse de Dios, irse un rato al Santísimo Sacramento a consolarse con Cristo, y darle allí cuenta de sus trabajos, y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste estando en vuestra casa y compañía?



Dios da la alegría en el corazón, por lo que no se ha de buscar la alegría fuera, en las cosas exteriores, sino allá dentro en la celda secreta del corazón, en donde debemos orar a Dios.

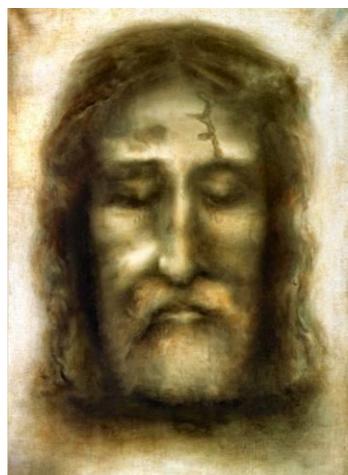
Del bienaventurado San Martín obispo, cuenta Severo Sulpicio que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oración. A la manera de los herreros, que para aliviar un poco su trabajo suelen dar en vacío algunos golpes en el yunque, así él, cuando parecía que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta que, estando en su celda lleno de gravísima tristeza e increíble aflicción, con la cual Dios a tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del cielo que en lo interior de su alma le dijo: ¿Qué haces ahí ocioso consumiéndote? Levántate, y ponte a considerar mi Pasión. Se levantó luego, y se puso con cuidado a meditar los misterios de la pasión de Cristo, y luego se le quitó la tristeza, y quedó consolado y animado; y continuando esta consideración, nunca jamás sintió en toda su vida esta tentación. Lloremos, pues, por los sufrimientos del Señor y por las ofensas que recibe, y no por nuestras pequeñas cruces. Si por amor a Jesús y María, aceptamos la cruz con alegría, se hace más dulce y no sentimos tanto el peso; y es verdad que nuestras cruces pesan muy poco en comparación con la Cruz de nuestro Divino Salvador.

Una de las causas y raíces principales de las tristezas y melancolías suele ser el no andar uno como debe en el servicio de Dios, el no hacer lo que debe conforme a su estado y profesión. Por experiencia vemos, y cada uno lo experimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamiento, y con buena conciencia, anda tan alegre y tan contento que no cabe en sí de placer; y por el contrario, cuando no hace lo que debe, anda triste, desconsolado y amargado. Es propiedad y condición natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma. Esta propiedad del pecado reclamó Dios a Caín luego que tuvo envidia de su hermano Abel, porque traía consigo una ira y una rabia interior que le hacía andar muy triste y cabizbajo, pues le era “terriblemente enojoso que, su hermano Abel, fuera amado de Dios.” Dios dijo con enojo a Caín: “¿Por qué motivo te ensañas con tu hermano y por qué está demudado tu rostro?” Esto significa que en el rostro se le echaba bien de ver la amargura y tristeza interior de su alma, por lo que andaba tan turbado y decaído. Y como no respondiese Caín, responde el mismo Dios, que es aquella la condición del pecado, diciendo: “¿No es cierto que si obrares bien, serás recompensado; y que, si obrares mal, el hábito del pecado estará siempre contigo?” Si obras bien, serás recompensado y recibirás contento y alegría para andar alegre. Pero si mal haces, luego a la puerta está tu pecado dando golpes para entrar a atormentarte; y también luego se te echará de ver por fuera en el semblante del rostro; pues así como la virtud, porque es conforme a la razón, naturalmente causa grande alegría en el corazón, así el vicio y el pecado naturalmente causan gran tristeza; porque pelea uno contra sí

mismo y contra el dictamen natural de su razón, y luego el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remordiéndolo y royendo las entrañas.

Los del mundo actual, que han dado las espaldas a Dios, viven sumidos en la tristeza y miseria; buscan la felicidad, pero no saben dónde hallarla, y recurren a placeres y distracciones que sólo sirven para apartarles aún más de Dios y hundirles en el vacío, en la tristeza o desesperación.

Dice San Bernardo: “Ninguna pena hay mayor ni más grave que la mala conciencia, porque aunque los otros no vean tus faltas ni las sepan, basta que tú las sepas; tú eres el testigo que te está siempre acusando y atormentando; no te puedes esconder ni huir de ti mismo por más que hagas.” Y así decía el filósofo Séneca, que la mayor pena que puede dar una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Plutarco compara esta pena y tormento que causa la mala conciencia, al calor y frío de la calentura. Dice, que así como los enfermos reciben mucha mayor pena con el frío y calentura que nace de la enfermedad que los sanos cuando por razón del tiempo tienen frío o calor, así las tristezas melancólicas que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiéndolo la conciencia, causan mucha mayor pena y tormento que las que vienen de casos fortuitos y calamitosos, pero sin culpa nuestra. Y particularmente pasa esto en el que comenzó ya a gustar de Dios, y en algún tiempo andaba bien, con fervor y diligencia, y después viene a degenerar y a proceder con tibieza; porque venir uno a empobrecer después de haber sido rico es vida más penosa y triste que la de los que nunca supieron qué cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que en otro tiempo andaba con devoción y cuidado de servir a Dios, y que el Señor le hacía merced, y ahora se ve tan diferente de entonces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento, y darle gran golpe en el corazón.



Pues si queréis desterrar de vosotros la tristeza, y vivir siempre alegres y contentos, el remedio es vivir bien, y hacer lo que debéis conforme a vuestro estado: ¿queréis nunca estar tristes?, dice San Bernardo: vivid bien. Reflexionad y quitad las faltas que causan esa tristeza; de esa manera cesará, y vendrá la alegría. La vida virtuosa siempre anda acompañada de gozo y alegría, como la mala vida de pena y tormento; así como no hay mayor pena y tormento que el remordimiento y los latidos de la mala conciencia, así no hay mayor contento y alegría en esta vida que el testimonio de la conciencia limpia, pues no hay alegría en la tierra que se le pueda comparar. Es como un banquete perpetuo; así como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los convidados, así el siervo de Dios que hace lo que debe se alegra con el testimonio de la buena

conciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes pruebas y presentimientos en su ánimo. El apóstol San Pablo reconoce que la buena conciencia es un paraíso, y una gloria y bienaventuranza en la tierra: “Mi gloria está en el testimonio que mi misma conciencia me da de haber procedido en este mundo, y mayormente con vosotros, con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios.” San Crisóstomo dice que la buena conciencia causada por la vida virtuosa quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazón, como el sol cuando sale quita y deshace todos los nublados, de tal manera que toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena conciencia, se apaga como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustín añade que así como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta, así la buena conciencia, no sólo es alegre y dulce en sí, sino alegre en medio de los trabajos, y los hace dulces y sabrosos, conforme a aquello del Santo Profeta David: “Los juicios del Señor (que son sus santos mandamientos y el cumplimiento de su ley) son verdaderos y justos en sí mismos, son más deseables que el oro y las piedras preciosas y más dulces que la miel y el panal. Por eso tu siervo los guarda, y en ello queda espiritualmente galardonado.” No sólo es en sí dulce el servir a Dios, sino hace también dulces todos los trabajos, penalidades y molestias de esta vida.

Leemos en la historia de la Iglesia, que los perseguidores de la fe hicieron una cosa muy nueva, que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados; y fue, que a todos aquellos que primero, siendo llamados o puestos a tormento, habían negado la fe, pusieron juntamente con los santos Mártires en la cárcel, para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por ser cristianos, sino por ser malhechores y matadores de hombres. Y nótese allí la diferencia que había en lo exterior, en el gesto y en los ojos de los unos a los otros, porque los Santos salían al tribunal y al tormento regocijados, y en sus rostros se reflejaba la divinidad; sus prisiones los hermocebaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salían olorosos a Cristo y a sus Ángeles, y a sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, sino en jardines. Los otros salían tristes, la cabeza baja, espantosos en su sumisión, y horrorosos sobre toda fealdad. A estos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba más ásperamente que los grillos y cadenas, y el hedor de la cárcel; pero a los otros su buena conciencia y la esperanza del descanso y de la gloria les aliviaban los dolores y les recreaban. Y así lo experimentan comúnmente los buenos; porque es tan grande la alegría de la buena conciencia, que muchas

veces, cuando el bueno se halla triste y atribulado y, volviendo los ojos a todas partes, no ve cosa que le consuele; luego, volviéndolos hacia dentro, y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza, porque entiende bien que todo lo demás, como quiera que suceda, ni hace ni deshace a su negocio, sino sólo esto.

De aquí se sigue una cosa de mucho consuelo, y es que si la buena conciencia y el andar bien con Dios es causa de andar alegre, que también esta alegría espiritual será señal e indicio muy grande de que uno tiene buena conciencia y anda bien con Dios, y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa. La alegría espiritual es gran señal de que mora Dios en un alma, y que está en su gracia y amor. “Luz es nacida al justo, y a los rectos de corazón alegría.” Pero las tinieblas, oscuridad y tristeza, esas son para los malos. Y así una de las causas principales por que San Francisco de Asís deseaba ver en sus religiosos esta alegría espiritual, era por esto; y porque era indicio de que moraba Dios en ellos, y que estaban en su gracia y amistad. Esa alegría espiritual, que proviene y nace de la limpieza de corazón y de la pureza de vida, como de una fuente, es fruto del Espíritu Santo, y así es señal de que mora Él allí. Se holgaba tanto San Francisco de ver a sus religiosos con esta alegría, que decía él: “Si alguna vez me tienta el demonio a mí con tristeza de espíritu o a deprimirme, me pongo a

mirar y considerar la alegría de mis frailes y compañeros, y luego con la vista de su alegría quedo libre de la tentación como si viese Ángeles.” Ver la alegría de los siervos de Dios que están en gracia y amistad suya es como ver Ángeles en la tierra.



Pero dirá alguno: ¿Siempre hemos de andar alegres? ¿Nunca nos hemos de entristecer? ¿No hay alguna tristeza que sea buena? A esto responde San Basilio, que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho bienaventuranzas que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio es: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.” Dicen San Basilio y el Papa San León I, que hay dos maneras de tristeza: una mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajosos; y esta no la han de tener los siervos de Dios. De San Apolonio se lee en las vidas de los Padres, que predicaba a sus discípulos que los siervos de Dios que tienen puesto su corazón en Él, y esperan el reino de los cielos, no conviene que se entristezcan. Entristézcanse, dice, los gentiles y los judíos, y los demás infieles, y lloren también sin cesar los pecadores; pero los justos, que con fe viva esperan

gozar de aquellos bienes eternos, alégrense y regocíjense. Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánta mayor razón tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios y en la gloria eterna que esperamos? Y así el apóstol San Pablo aun de la muerte de nuestros amigos y parientes quiere que no nos entristezcamos demasiado. No dice absolutamente que no nos entristezcamos; porque mostrar algún sentimiento de eso es cosa natural y no es malo, sino bueno, y señal de amor. Cristo nuestro Redentor lo mostró, y lloró en la muerte de su amigo Lázaro y dijeron los circunstantes: “Ved cómo Él amaba a Lázaro.” Pero lo que dice San Pablo es: “No es propio del verdadero cristiano el entristecerse al modo que lo hacen los paganos, pues estos no viven con la esperanza de la Vida Eterna ni de la resurrección gloriosa de los cuerpos de los justos;” que no nos entristezcamos como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolándonos con que presto nos veremos todos juntos con Dios en el Cielo; aquel que acaba de morir va delante, luego iremos nosotros tras él. De manera que las cosas presentes de esta vida, aunque no las podemos dejar de sentir como hombres, no hemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. “Los que tienen tribulaciones,” dice el Apóstol San Pablo, “vivan conformes a la voluntad de Dios, como si no las tuviesen; los que vivan alegres en su felicidad, como si no se alegrasen.”

Hay otra tristeza que es espiritual y según Dios: esta es buena y provechosa, y conviene a los siervos de Dios. Y dice San Basilio que esta se engendra de cuatro maneras o de cuatro cosas. Lo primero, de los pecados que hemos cometido contra Dios, porque el llorar uno sus pecados, y entristecerse y dolerse por haber ofendido a Dios, esa es muy buena tristeza, y grata a Dios. Dice San Juan Crisóstomo una razón digna de su ingenio: “Ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado; así en todas las otras materias es mal empleado el dolor y la tristeza, si no es en esta; porque todas las demás pérdidas, no sólo no se remedian con llorar y estar tristes, sino antes se aumentan y acrecientan con eso; pero la pérdida causada por el pecado se remedia con la tristeza y dolor, y así eso hemos de llorar.”



Lo segundo: se engendra y nace esta tristeza de los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado, y que es quebrantada su ley. Esta es también muy buena tristeza; porque nace de amor y celo de la honra y gloria de Dios, y bien de las almas. Y así vemos a aquellos santos Profetas y amigos grandes de Dios enflaquecidos y consumidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometían contra su Majestad, y que ellos no las podían remediar. Era tan grande la aflicción que por esta causa sentía alguno, que el dolor del ánima le enflaquecía el cuerpo, y le hervía la sangre de ver las injurias y ofensas que se hacían contra Dios. El profeta Jeremías está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos conviene muy bien a nosotros, y nos es muy propia, porque uno de los fines de nuestra Orden es que el nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo; y así el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga así, sino todo lo contrario. Además, sabemos que la mayoría de los hombres no hacen nada para servir a Dios; sólo le ofenden continuamente. Sólo los

palmarianos podemos consolar al Corazón de Jesús por tantas ofensas. Ahora es más necesario que nunca consolar y reparar a Dios, porque nunca en la historia ha habido tantos pecados, por lo que Dios tendrá que castigar al mundo como en tiempos del Diluvio. Tenemos la gran responsabilidad de reparar al Señor, consolarle y hacer oración y penitencia para aplacar su Ira y salvar almas. No rehusemos cumplir con esta sagrada obligación. Cuando Dios nos manda la cruz, es para nuestra santificación; llevémosla con alegría y paciencia por amor a Dios, y para la salvación de los muchos que no hacen nada para salvarse.

Lo tercero: puede nacer esta tristeza del deseo de la perfección, que es tener un ansia tan grande de ir adelante en la perfección y el amor a Dios, que siempre andemos suspirando y llorando porque no somos mejores y más perfectos y más enardecidos en el amor divino. Conforme a aquello que dice Cristo en el Evangelio: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.” Es decir, bienaventurados los que andan con esta hambre y sed de la virtud y perfección, porque Dios les cumplirá sus deseos; satisfará sus ansias de crecer en el amor divino si se dedican a hacer muchos actos de amor a Dios.

Lo cuarto: suele nacer también una tristeza santa en los siervos de Dios, de la contemplación de la gloria y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos, y que se les dilatan, como lloraban los hijos de Israel en su destierro de Babilonia, acordándose de la tierra de promisión. El llorar el destierro de esta vida, con aquel “a Ti clamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas,” son suspiros que vienen a ser muy buena y suave música a los oídos de Dios.

Existen señales para conocer cuál es la tristeza buena y según Dios, y cuál la mala y del demonio. La primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que son: caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, fidelidad, mansedumbre, modestia, continencia y castidad; pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor, y amargura infructuosa, que nos inclina a desconfianza y desesperación; nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y más, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegría ninguna; pero la tristeza buena y según Dios, es en cierta manera alegre, y trae consigo un consuelo, y un confortamiento y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurrendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que hemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y da pena, por otra consuela grandemente. Por experiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando hemos llorado muy bien nuestros pecados; y una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios a la vida de los del mundo es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo; así pondera esto muy bien San Agustín diciendo: “Si esta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza a servir a Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les da tanto contento, ¿qué será la alegría y contento que sentirán cuando el Señor los consuele en la oración, y les dé aquellos júbilos espirituales que Él suele comunicar a sus escogidos? ¿Qué será cuando del todo les enjугue y limpie las lágrimas de sus ojos?” Pues el andar siempre hecho un Jeremías, llorando los pecados ajenos, bien muestra el sabor, gusto y satisfacción que causa en el alma: porque es señal de buenos hijos ser muy celosos de la honra de su Padre. El andar siempre anhelando y suspirando por la perfección y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber más suave y más dulce? ¿Qué cosa más dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener siempre nuestro corazón adonde está el verdadero gozo, que es en el Cielo?

De aquí se verá también que la alegría que pedimos en los siervos de Dios no es alegría vana, de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, que ande uno parlando con todos cuantos encuentra; porque esa no sería alegría de siervos de Dios, sino distracción, libertad y disolución. Lo que pedimos es una alegría exterior que

provenza de la interior. Así como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene hasta a secar y consumir las carnes; así la alegría interior del corazón redunda también en el cuerpo, y hace que se eche de ver en el rostro; y así leemos de muchos Santos, que parecía en su rostro una alegría y serenidad que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegría que los hijos de María Santísima necesitamos.

En medio de nuestras tribulaciones, seamos agradecidos a Dios. La vida cristiana ha de ser vida de gratitud a Dios Nuestro Señor, conforme a la advertencia del Papa San Pedro II Magno, “los hijos de la Iglesia han de buscar siempre la mayor manera de honrar a su Padre Celestial y glorificarle. Muy pocas veces manifestamos nuestro agradecimiento por lo mucho que recibimos. Dios nos da más de lo que podemos imaginar; sus dones no se pueden valorar con cálculos humanos. Él, al mismo tiempo que nos colma de gracias, permite cosas que nos contradicen, muy opuestas a lo que nosotros buscamos, y entonces nos sentimos como abandonados de Dios, cuando es todo lo contrario. Cuanto mayor sea nuestra lucha, nuestro sufrimiento, más cerca estamos de



Él, pues es cuando verdaderamente vivimos crucificados a las cosas del mundo. Un hijo agradecido, manifiesta a Dios su gratitud ante las pruebas que permite para el mayor bien de su alma. Nunca nos quejemos de Dios ni seamos ingratos con nuestro Creador. Dios, como Padre Providente, quiere valerse de nuestra pequeñez, de nuestro granito de arena, de nuestra insignificante gota de agua, para levantar el grandioso edificio de nuestra propia santificación y para cooperar en la salvación de los demás. Para conseguir estos fines, pone a nuestro alcance la cruz, en cuyo instrumento Cristo fue crucificado por nosotros, y sin la cual no podemos ocupar las altas moradas de gloria que su Padre Celestial tiene ya reservadas para los que verdaderamente le aman, lo cual sólo es posible cumpliendo su voluntad y siendo agradecidos a sus beneficios. Pero, nuestra gratitud para con Dios ha de extenderse

necesariamente a su Santísima Madre, pues sin su poderosísima intercesión nada recibiríamos de Él. Y todas las gracias, innumerables e inestimables, que se han derramado, y siguen derramándose, en este Sagrado Lugar, las recibimos de Nuestro Señor Jesucristo, a través de las Purísimas Manos de nuestra Madre Celestial, la Omnipotencia Suplicante.”

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 4, Fiesta de Jesús Misericordioso, abril del MMXXI, Año de Nuestro Señor Jesucristo y quinto de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus



Petrus III P.P.